

Dios le hace en enviarle este despertador; de donde gana una profunda humildad, cual suele causar la el pensamiento del ser pecador y rebelde á su Dios; porque si esta suele nacer de solo considerar la bajeza de nuestra condicion, cotejándola con la majestad y grandeza de Dios, siendo, como somos, algo por ella, aunque poco, ¿qué tal nacerá de conocer en nuestra alma cosa tan vil y fea como el pecado, que nos hace menos que nada? Pero acaécenos como al villano ó esclavo (que tales somos mientras en este mal estado perseveramos), que mientras están en el tormento confiesa la verdad y conoce el delito de que se le acusa; pero quitado de allí y pedido que ratifique su confesion, no lo hace, antes la niega, diciendo que por temor del tormento lo confesó. Tales somos los de la casta de Adán, parecidos á él en el poco conocimiento, que, estando en el tormento de la enfermedad ó trabajo, fácilmente conocemos quién somos, y la mala cuenta que de la obediencia que á Dios y á sus leyes debemos, hemos dado; y en cobrando libertad de aquella presente molestia, fácilmente tornamos á olvidarnos de Dios y de lo que antes con el temor villano de las penas confesábamos.

Desta humildad y propio conocimiento que de las adversidades nos viene, resulta quedar fáciles mientras nos duran para la correccion de nuestra vida y costumbres; la cual falta de ordinario en los que llevan la vida próspera y regalada, á quien llama el Sabio perversos, y dice que con gran dificultad reciben la correccion, y por consiguiendo la pierden, pues en tal caso no hay ley que á ella nos obligue; y así, quedan á gran peligro de su salud, pues ni ven con la ceguedad que la prosperidad les causa (como dice el Sabio, que los bienes mentirosos hechizan los hombres y les oscurecen los bienes que verdaderamente lo son), ni por otra parte hay quien se atreva á ponerlos en camino, por la dificultad que sienten de salir con ello; lo cual les aconseja el Espíritu Santo, diciendo: No quieras resistir al poderoso ni contra la furia de un rico; porque así parece que va el poderoso despeñándose de pecados en pecados; no te le pongas delante, que, demás de no aprovechar, te llevará su furia y te perderás; aunque luego dice, que pelee por la justicia, que es cuando tiene uno por oficio la correccion, que entonces de justicia corre la obligacion á corregirle con todo riesgo, y aun de la vida. En esta demanda la perdieron los profetas y mártires; esta costó á san Juan Bautista la cabeza, y á Jesucristo puso en la cruz, y á sus apóstoles quitó la vida; y por esta dificultad que los poderosos ofrecen para ser corregidos, usaban los profetas poner los pecados en terceras personas, para que en ellos se diese y recibiese mejor sentencia, como hizo Natan á David. Por el contrario, el afligido, el sujeto, el pobre y el atribulado, se van con suavidad el agua abajo por los mandamientos de Dios, y si en algo faltan, fácilmente se dejan corregir y se enmiendan y quedan para adelante con recato; por lo cual el mismo David, que en prosperidad habia tenido esta dificultad, dice, después de afligido: Bien me está, Señor, que me hayas humillado para que aprenda tu ley y la guarde. En tanto es esto verdad, que la afliccion tiene á veces tan dispuestos sus afligidos, que se tiene por demasia el corregirlos y por buen consejo el

consolarlos, porque llega muchas veces la disposicion á estar sin tercera persona, corregidos y conocidos, á lo menos si sin ella son advertidos y avisados de lo que con la enmienda han de trocar.

Deste mismo conocimiento de las cosas, como desta escuela queda tan claro, nace en los afligidos una perfecta prudencia con que juzga un hombre rectamente de todas las cosas; de manera que la hora que es trabajado se halla prudente y grave; lo cual se ve ser certísimo si lo careamos con la liviandad y locura del que vive alegre y próspero, que experimentamos lo mucho que habla, el poco reposo, los semblantes tan varios, las impertinencias que dice y hace, y el poco juicio que muestra; lo cual es tan natural, que Aristóteles habló dello y dió la causa; porque no piense nadie que podrá él con mas asiento y gravedad usar de la prosperidad que los que ha visto, si no se vale de algun remedio; y para verlo con los ojos, no hay mejor ejemplo que considerar con san Juan Crisóstomo dos casas, una de placer y otra de afliccion y trabajo, y sean las que este bienaventurado santo dice: Consideremos, dice él, si os parece, dos casas: una de un recién difunto, y otra de unas bodas; veréis la primera llena de sabiduría y la otra llena de confusion, palabras sucias, risadas descompuestas, y mas descompuestas razones y vestidos; el andar feo y deshonesto, palabras necias y locas, y ninguna cosa cuerda ni concertada, sino todo locura y mofa. No toco, dice san Juan, en el matrimonio, que es santo y bueno, sino en la indecencia con que se celebra, donde anda la naturaleza fuera de sí, donde parece que hay brutos en lugar de hombres; unos relinchan como caballos, otros dan en tirar coces como asnos, mucho derramamiento y licencia, ninguna cosa de virtud ni honra ni cortesania; pompa del diablo, música y cantares llenos de fornicacion y carnalidades. Pero cuan diferente hallaréis la casa del llanto: en entrando en ella, todas las cosas compuestas y en orden, mucha quietud, mucho silencio, mucha reformation, ninguna cosa sin concierto, sin compostura; si alguno habla, todo es sentencias filosóficas; y es cosa maravillosa que en aquel tiempo, no solo los ancianos y letrados son sabios, sino los mozos, los siervos y las mujeres, todos dicen sentencias, de cuán cierta es la muerte, cuan incierta su hora, y como todo se acaba, sino el bien hacer y el servir á Dios, y que todo cuanto el mundo adora es una grande y señalada vanidad, y cuán ciegos y sin conocimiento andan los hombres, y otras razones semejantes. Hasta aquí es todo lo dicho de san Juan Crisóstomo, de donde parece cuánto asiento, cuánta prudencia y gravedad traiga consigo un trabajo y afliccion.

Despierta tambien un deseo encendido de la otra vida y la memoria della, viendo esta tan amarga y engañosa y con tanta inconstancia y variedad; y desea salir della, que es una de las cosas que con mas veras nos hace poner los hombros á la virtud, con que se alcanza. Por aquí se pierde el temor á la muerte, antes se desea por ser paso para dejar tan mala vida y gozar la venidera; de donde nacieron los suspiros de Elías, cuando pedía á Dios con instancia que le sacase della; y cada día lo vemos en los que padecen alguna grande adver-

sidad; y aun los que tienen alguna experiencia de los trabajos desta vida en sí ó en otras personas, suelen perder el miedo al morir y tiemplan el deseo de larga vida; lo cual deben á los trabajos que ordena Dios que en ella se padezcan, como quien los desteta con este género de acibar para que levanten el pensamiento á cosas mas sólidas y perpetuas.

Otro provecho es despertar los dormidos en esta peregrinacion y con los deleites del mundo detenidos, y con estas cosas que no son mas que figuras de bienes; que hay hombres tan zambullidos en las cosas deste mundo, tan dormidos y amodorrados en las almohadas y plumas de sus contentamientos, que ni los gritos del predicador ni los consejos del confesor, ni las secretas amenazas que Dios interiormente les hace, los despiertan, ni los ajenos trabajos les avisan, si no baja la mano de Dios cargada sobre sus haciendas, honras ó personas, y para esto se la envia. Como si un caminante que va con prisa á negocios importantes á la corte se parase en el camino, recostado al fresco de un arroyo, mirando la suavidad con que corre el agua, haciendo trenzas, las yerbecitas á los lados tiernas y frescas, los árboles que se miran en el agua, y en ella retratado el cielo con su variedad de colores, el regocijo con que en el suelo se mueven las piedrecitas, aquel dulce ruido con que pasa murmurando el agua, y allí se estoviese de reposo, olvidado de la importancia del negocio que le movió á salir de su casa; si acaso alguno le quiere avisar que camine con mas cuidado y diligencia, para ahorrar de razones y alcanzar este fin con mas seguridad, le tira una piedra, con que turba el agua del arroyo, y con ella aquel su vano contentamiento; entonces levanta la cabeza y mira al cielo, buscando por todas partes al que tiró, y vuelve en sí, prosiguiendo su camino: Así hace Dios cuando el hombre está parado, deteniendo las esperanzas del cielo, cebado con los deleites desta vida y sus vanos bienes; que, aunque haciendo trenzas y dando á la vista entretenimiento, al fin pasan, y todos ellos no son mas que figura del cielo y de sus bienes, aunque sola figura y mudable, como lo es el mundo y la gente dél, envíale Dios un trabajo y túbale la hacienda ó la honra ó el deleite ó la salud; entonces levanta al cielo los ojos de la consideracion, entiende que Dios es el que tiró, y le avisa que siga el camino del cielo, para donde nació, y deje los presentes y breves contentamientos; y los que bien despiertan, echan de ver el tiempo perdido, y el precio y valor del que no se puede cobrar, y lo mucho que es necesario caminar para igualar con lo perdido; lo cual todo debe á quien le despertó y volvió en sí con medio tan eficaz

como fué el turbarle los contentos de que fuera quizá dificultoso despegarle con otro, quedándose ellos en su fuerza.

Lo otro de que nos aprovecha la tribulacion es, andar siempre limpios y purificados de vicios, malos deseos y vanas codicias, que sin sentir, como polvo en la ropa se nos pegan; que así como estas de cuando en cuando se limpian del polvo con una vara, que con haber estado guardadas habian cogido, con que poco á poco y casi sin sentir vinieran á perderse; así toma Dios la vara de la afliccion, y envia al hombre sus azotes de cuando en cuando, para sacudir dellos el polvo, los gusanos y las inmundicias, que de esta miserable carne se nos pegan con la ociosidad y regalo, porque por descuido no venimos á perdernos; pues no hay cosa en este mundo, que así limpie y preserve destas malezas á un hombre en carnes, como la tribulacion y trabajo; si no, considerad un hombre afligido cuán limpio anda, no para en él vanidad, no da lugar á deleite ni hace en él manida mal pensamiento; apenas halla que reprehender en su conciencia, aunque con todo eso, siempre se tiene por pecador. Por el contrario, el regalado, el que nunca ve trabajo por su casa, ¿qué poco escrúpulo, cómo se traga los pecados, las codicias desordenadas, vistas livianas, palabras y pensamientos; qué poca lumbre hace en ellos la buena consideracion! Pero entre otras cosas, limpia mucho el trabajo los pensamientos lascivos y sensuales; porque, demás de los ojos que abre en el alma para ver su torpeza, se afrenta de parecer delante de Dios (que siempre tiene presente, como á quien le envia aquel alguacil) y de las criaturas con tanta suciedad y bestialidad. Fuera de eso, son los pensamientos torpes hijos legítimos de la carne regalada, la cual, como esté sin blandura y regalo, como en la afliccion lo está, no puede nacer della tan mala casta. El Sabio dice que el trabajo de la hora hace olvidar grandes deleites y demasías; algunos entienden por la hora, la de la muerte, que en cualquiera tiempo de la vida que se traiga á la memoria reprime los pensamientos de la carne, otros la del trabajo. Gran ejemplo es el de la arca de Noe, que en no haber hombres ni animales multiplicado en tiempo de un año, que á la mas cierta cuenta estuvieron dentro, es argumento que la afliccion del fin del mundo los hacia apartarse de los ayuntamientos aun lícitos, como lo eran los de los casados y de los animales. Y pues tantos provechos y tan importantes traen las tribulaciones, si el hombre es amigo del verdadero provecho, lo será dellas, no solo sufriendo las que vienen, sino deseando las que no vienen.

LIBRO CUARTO.

DE LAS RAZONES QUE TENEMOS PARA TENER PACIENCIA Y CONSOLARNOS EN LOS TRABAJOS.

PRÓLOGO.

Bastante fuera lo dicho en los libros y discursos pasados para quedar cualquiera discreto y cristiano entendimiento persuadido á tener paciencia en sus ad-

versidades, pues eso pueden la naturaleza y excelencias desta inestimable virtud; eso mesmo la divina bondad, justicia y providencia, con que envia y reparte los trabajos, y eso mismo el gran interese que se nos sigue á

gente que tan amiga es de hallarle en todas las cosas; pero, porque el amor que tenemos á nosotros mismos llega á estimar y sentir mas lo presente que con las manos toca que aquello que no se ve, aunque en sí sea mas precioso y aventajado, y por otra parte, como Aristóteles dice y la experiencia nos enseña, hace tanto por tanto en nosotros mas impresion los trabajos que los contentos, que es decir que mas pena y dolor se recibe con la misma medida de adversidad que contento con otra tanta prosperidad; me pareció emplear este cuarto libro y el siguiente en aficionar al cristiano lector á esta virtud excelente, con razones y ejemplos que, sin respecto á otro interés, convidan y convencen á tenerla en los trabajos, quitando ó amansándole el miedo que suelen causar con el rigor que desde fuera prometen; antes prometiéndoles de parte de Dios, mediante los consuelos que se pondrán, mucha facilidad para sufrirlos; para que el que los temiere, quede para los que vinieren apercebidos, y de la paciencia de los bien padecidos contento y satisfecho.

DISCURSO PRIMERO.

De la primera razon que nos ha de mover á paciencia, tomada de la pequeñez de nuestros trabajos.

Es tan grande el regalo con que los hombres desean y procuran pasar esta vida, y el amor que tienen á su propia carne y contentamiento della, y la fuerza y cuidado con que la potencia irascible rebate los daños y trabajos que le acometen, que ninguno se persuade que los puede haber pequeños, especialmente los que en sí mismo padece cada uno; pero los santos y amigos de Dios, ninguno tienen por grande ni pesado. La razon desta diferencia (demás de la dicha del amor propio) nace de las comparaciones que cada uno hace dellos; porque comunmente la envidia, que del mismo amor nace, siempre los compara con los menores que ve en otros padecerse; y por el contrario, á la prosperidad mide y compara siempre con la mayor. De aquí nace que pocos hombres se hallan que quieran confesar que son ó están ricos, porque siempre se comparan con otros aventajados en riquezas; y así, procuran acrecentar las suyas hasta igualar con los que van delante dellos, aunque con ventaja de nobleza y merecimientos; que si se comparasen con un trabajador ó una vejecita que con un pedazo de pan y una sardina pasa su vida, conocerían claramente que son ricos; así en los trabajos, como no los miden sino con su deseo y el regalo que en todo procuran, siempre, aunque sean pequeños, les parecen desmedidos. Pero los santos van por diferente camino, por las prudentes y cristianas comparaciones que dellos hacen, unas veces comparándolos con la vida eterna que por ellos se promete, como san Pablo, que dice que las pasiones ó trabajos que en esta vida se padecen no igualan con la gloria venidera, que se ha de declarar y descubrir en nosotros. Y en otra parte, cuando dice que lo que es momentáneo y ligero de nuestras tribulaciones, obra y merece grande peso de gloria, cuando contemplamos para cotejar con ellos, no lo que se ve, sino lo que no parece; porque lo que se ve agora todo es breve y percedero; y las cosas que no se ven

son eternas, donde deshace y desmenuza los trabajos comparados con tan grande peso y medida de eterna gloria. Otras veces los comparan los santos con los del infierno, de que por ellos nos libramos; de donde vienen á decir algunos, como san Agustín y otros, que el fuego material de que usamos, comparado con el del infierno, es fuego pintado; y así por consiguiente todos los demás dolores y tormentos que en esta vida se pasan. Y sobre el salmo 48 dice que no son trabajos los desta vida, sino semejanza dellos; y trae á propósito aquel lugar de san Pablo, como y á manera de tristes, y siempre regocijados como pobres; pero enriqueciéndolo á muchos, como gente que carece de todos los bienes desta vida, pero que todos los posee. Donde nota san Agustín que el casi que es una pintura imperfecta y que desmiente lo que se va diciendo, se pone en los trabajos que san Pablo cuenta, y no en los bienes; porque estos son verdaderos, y los trabajos tan pequeños, que son como pintados y figurados y diminuidos. Algo desto da á entender lo que Orígenes dice, que los trabajos y penas desta vida, comparados con los del infierno, son como azotes dados sobre la ropa, comparados á los que se dan en la carne desnuda; porque, cuando en lo demás fuesen iguales, los humores gruesos hacen en esta vida menos sensible la carne de lo que estará cuando resucite para el infierno, que en comparación de lo que agora es, será como desnuda, y así mucho mas sensible que agora. Y esto se entiende deste género de penas corporales, que las que allá son principales penas ni tienen proporcion con las de acá ni comparación; porque no se pueden alcanzar del mas vivo y agudo entendimiento. Esta es la que los teólogos llaman pena de daño, que, así como los hombres no entienden mientras dura esta manera de conocimiento que agora tenemos cuán gran bien y gozo sea ver á Dios cara á cara, así no pueden alcanzar cuánto mal sea carecer de su vista perpetuamente por sus pecados, y así no es de las penas que mas les atemorizan. Sobre lo cual dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo. Los que saben poco, solo tienen por infierno el en que se padecen penas sensibles, y este es el que desean evitar de su principal intento. Pero yo digo con toda aseveracion que serán mayores tormentos que los del infierno los que una alma padecerá en verse apartar y desechar de la gloria de Dios. Y en suma, te digo que esto es lo mas grave que allí se padece, y lo que sobrepuja al mismo infierno. Lo mismo dice en otros lugares, donde por nombre de infierno entiende las penas sensibles. Porque si por infierno se entienden todas las penas del condenado, las principales son de las que hablo.

Otras veces comparan y cotejan los santos los trabajos con los que el Hijo de Dios padeció sin culpa por las nuestras, que con el agradecimiento que ellos tenían á tan inestimable beneficio, como el de la redencion, y con la profunda consideracion de la grandeza de las penas del Salvador en sí, y de las circunstancias que las hacian mas insufribles, les parecia que las suyas dellos y las nuestras no eran penas. A este propósito y con esta consideracion decia san Pablo: Considerad, hermanos, una vez y otra aquel que tal contradiccion padeció de los pecadores contra sí, porque no desma-

yeis en vuestros trabajos, pues en ellos no habeis llegado hasta derramar sangre. En que da á entender y á considerar cuán pequeños son los que padecemos comparados con la grandeza de los de Cristo, á quien de pura ternura y agradecimiento no nombra por su nombre; y añade á este pensamiento aquella palabra de los pecadores, para que, acordándonos que fuimos causa de aquellas penas, tengamos en las nuestras, no solo paciencia, sino vergüenza y confusion; pues todas aquellas, cuán graves fueron, se padecieron por nuestros pecados. Otras veces los cotejan los santos con las que trae consigo el estado de la prosperidad, que son gravísimas, como lo afirma el que le probó; y hizo, como quien podia, anatomía dél, que fué Salomon sapientísimo, riquísimo, y habló por su boca el Espíritu Santo, y dijo que todo era vanidad y aflicion de espíritu, mayormente cuando con la prosperidad viene daño de conciencia, que entonces es estado de gran tormento; cuya figura fué Cain, que de todos temia la muerte; y por el contrario se dice en la sagrada Escritura, segun el caldeo, que cuando alguno se quiere consagrar á Dios, ningun espanto subirá sobre su cabeza; dando á entender que los que andan apartados de Dios andan en perpetuos espantos. Y esto es lo que san Pablo dice, que los que desean riquezas demasadamente erraron en la fe y se envolvieron en muchos dolores, de los cuales libra Dios á los buenos y libres de pecado; pues comparados los trabajos que por Dios se padecen con estos perpetuos desasosiegos, son como si no fuesen trabajos.

Pero dado que, con estas comparaciones ó sin ellas, fuesen los trabajos del cristianismo en sí muy grandes, la fidelidad de Dios los vuelve pequeños; de quien dice san Pablo que no permitirá que seamos tentados ni trabajados mas de lo que nuestras fuerzas pudieren, antes con el trabajo las dará mayores para que le podamos llevar. Lo cual san Dionisio en el libro de la celestial hierarquia declara con una comparacion: que así como el bueno y piadoso padre, sabiendo las fuerzas de sus hijos, ni los trabaja demasiado, porque no desfallezcan, ni los deja holgar, porque no aflojen; así nuestro padre piadoso, Dios, que tiene conocidas y medidas nuestras fuerzas, ni nos quita los trabajos, porque merezcamos, ni los da desmesurados, porque no desfallezcamos. San Juan Crisóstomo lo declara por otra comparacion del músico, que las cuerdas flojas las aprieta, hasta que estén en proporcion, y afloja las muy tiradas porque no quiebren. Así hace Dios. De manera que, así como de la flojedad y remision nace el apretarlas, así del haberlas apretado nace el aflojarlas; que es gran consuelo para los que de la mano de Dios se ven en esta vida apretados y afligidos. Pero la comparacion que mas lo declara puso el mismo Dios por el profeta Esaías, donde dice á este propósito para que el Profeta consolase á los afligidos con trabajos, y aun á los que desean padecerlos grandes por su nombre, dice que no de una mesma manera se han de trillar todas las semillas. Que el trigo que es recio se ha de trillar con trillos y con carros, y los cominos y otras semillas delicadas no así, porque todo se desmenuzaria y haria polvos, sino basta con una vara, que de tal manera trilla, que no

E. xvi. i.

la mueve; y que así hará su divina Providencia reparando los trabajos, que á los flacos los enviará pequeños, y á los mas fuertes los mayores. De aquí mandaba en la ley no arasen con buey y asno, porque al paso del asno era mal empleada la fuerza del buey, y al del buey era fatigar las del asno, y en el Evangelio á unos despedia con aspereza, buscándole ellos como á la Cananea; á otros buscaba él y atraia con regalos y les convidaba con la salud del cuerpo y del alma; porque los unos eran fuertes y los otros flacos. Y á los apóstoles, antes de la venida del Espíritu Santo, no consintió que fuesen muy afligidos, por ser flacos; y por esto dijo que no podian ayunar mientras el Esposo estuviere presente, que en ausentándoseles ayunarian. Y así fué, que después que él subió á los cielos, y el Espíritu Santo vino sobre ellos (que fué confirmarles y fortificarles para padecer), comenzaron de veras sus ayunos, sus trabajos, sus destierros, peregrinaciones y persecuciones. De aquí nació tambien que dos mozos que quisieron seguir al Redentor, al uno mandó que volviese á sus padres, y al otro no le dió licencia para ir á despedirse dellos. Porque, como declara san Gregorio, el uno tenia fuerzas para resistir á los ruegos de sus parientes, y el otro quizá por las pocas que tenia no volveria. Así que, al que mas fuerzas tiene, mayores trabajos le dan, y al que menos menores; que es lo que san Sixto dijo á san Lorenzo, llevándole al martirio; quejándosele san Lorenzo porque le dejaba desamparado, yendo sin él á padecer, respondió: No te dejes, hijo, ni te desampares, sino que para de aquí á tres dias te están guardadas mayores peleas: yo, como viejo, recibo mas ligera pelea; pero á tí, como á esforzado mancebo, te aguarda mas famoso triunfo del tirano. Esta es la medida con que dice David que Dios mide las lágrimas, y esta es la razon por que los trabajos se llaman cáliz, y por otro nombre se llaman juicio en la sagrada Escritura; porque no hay médico ni boticario que tan en fil y con tanto tiento pese ni mida una purga, conforme á la necesidad y fuerzas del enfermo, como mide con las nuestras el trabajo nuestro buen padre y médico de nuestras almas; el cual oficio de nadie le quiso fiar sino de sus propias manos, ni el demonio se ha atrevido á decir que él reparte y da los trabajos á quien quiere ni como quiere, como lo dijo de los bienes y reinos del mundo al Redentor, ni osó tocar en la persona ni hacienda de Job, sino dejólo á Dios, á quien está reservado, diciendo: Tocalde un poco. Tocalde tú, Satanás, pues tan poderoso eres y tanta gana tienes de hacerle mal. No tengo licencia ni aun tiento para saber cuánto le tengo de afligir; porque Dios no le toca para hacerle mal, sino lo necesario para gloria suya y bien del atribulado, y eso no sé yo cuánto es; y por eso no tengo licencia.

Pero aquí se ha de advertir que cuando tantas veces y por tantas comparaciones decimos que Dios mide nuestros trabajos con nuestras fuerzas, de manera que al flaco aflige poco, y al de mas fuerzas carga la mano en su aflicion, no se ha de entender de las fuerzas naturales, porque con estas solas ni aun un buen pensamiento podemos tener, como san Pablo dice, cuanto mas sufrir trabajos; sino entiéndese de las fuerzas de la gracia y favor de Dios, que nos da para sufrirlos por

su nombre. Así como cuando el Evangelio dice que un hombre noble, habiendo de partirse á una peregrinacion, llamó sus criados y repartió entre ellos sus bienes, para que entre tanto della negociasen; dió á uno cinco talentos, á otro dos, á otro uno, repartiendo á cada uno segun su propia virtud y valor, que fueron los oficios, cargos y gracias de su Iglesia; no se entiende segun la virtud natural de cada uno, que seria contra lo que la santa fe católica nos enseña, sino segun la que tienen los perlados y los demás que entran en este repartimiento por la gracia y favor del mismo Dios, segun en otra parte lo declara san Pablo, diciendo: A cada uno de nosotros fué dada la gracia segun la medida del don de Cristo. Habla de los perlados, pastores y doctores y otras personas apostólicas de la Iglesia, y á los oficios llama gracia. Pues ¿cómo dice en la parábola, segun su propia virtud? Todo es uno; porque la propia virtud, que quiere decir la virtud particular de cada uno, fué gracia y don de Jesucristo nuestro Señor; porque, segun la natural, ningun oficio destes pudiera ninguno dellos hacer. Así se ha de entender acá que mide Dios los trabajos que por gracia y misericordia suya nos envia, como acullá los oficios, segun las fuerzas de cada uno, no naturales, sino las que su majestad comunica para padecer aquel trabajo, sin las cuales y muy bastantes nunca le envia. Y esta es la fidelidad que san Pablo dice, que nunca consentirá que seamos tentados mas de lo que pudiéremos. Estas son las dos alas que en el *Apocalipsi* se dieron á la mujer perseguida del dragon para que pudiese volar y escaparse de él. Este es tambien el trono de Salomon, donde habia leones y manos; leones para affigirnos y despedazarnos, y manos para socorrernos y librarnos dellos, igualando la fuerza y socorro con su braveza. Gran espanto pone al que está á la orilla de la mar ver cómo se traga un poderoso rio que parece que allí es su fin para nunca correr mas; pero por las secretas vias de la tierra y por donde no alcanza á ver el que ve rio cómo le sorbe la mar, la mesma mar envia agua bastante para que no desfallezca el rio. Así lo dice el Sabio; porque, así como conviene para un fin que el rio sea tragado, así para otro conviene que nunca falte en el agua. Así Dios, cuando para los fines de su divina providencia parece que con trabajos se traga los hombres, entonces provee secretamente de interiores fuerzas para llevarlos; porque lo uno y lo otro conviene para gloria suya y provecho nuestro, y así lo promete por el salmo, diciendo del justo: Cuando cayere no se lastimará. Y dice otra traducion: Cuando comenzare á caer no caeré, porque Dios tiene su mano debajo. Así como cuando uno está hincando un clavo en una pared, con la una mano le da el golpe, y con la otra le tiene porque no caiga; así hace Dios, figurado por la zarza de Moisen, que, ardia y no se quemaba ni consumia porque estaba Dios en medio della. En que significó Dios á Moisen, que aunque los de su pueblo se habian de arder en trabajos, malos tratamientos y persecuciones, pero que no perecerian, porque el mesmo Señor estaba y andaba en medio dellos. Por lo mesmo figuró que por estar en medio del justo, por su gracia y favor no podrá ser consumido con trabajos, por graves y fuertes que sean.

Y es mucho de notar, para mayor consuelo de los que padecen, que no se contenta Dios con prometer y dar fidelísimamente fuerzas iguales al trabajo, sino que, para que el pelear y vencer sea mas fácil, las da mayores que el mesmo trabajo, con mucha ventaja. De suerte que á esta cuenta, cuanto mayor es el trabajo que nos envia, tanto es por esta parte mayor la merced, por la gracia y favor que en las fuerzas se sienten mas aventajadas que para los pequeños; y siempre se declara esta ventaja en el esfuerzo de los santos. El santo Job, después de tantos daños y adversidades que sabia y confesaba venir de mano de Dios, no contento con haberlos padecido y padecerlos con tan ejemplar y admirable paciencia, dijo: Aunque me mate no perderé la esperanza que tengo de su misericordia. Y esto mesmo se da á entender en aquel gran esfuerzo que tenia puesto en san Pablo, cuando aquel profeta Agabo le dijo que le habian de prender y echar en cadenas en Jerusalem; por lo cual con lágrimas le rogaban los presentes cristianos que no fuese por entonces á la ciudad. Respondió con grande espíritu, diciendo: ¿Qué haceis, hermanos, que llorando me quebrantais y affigis el corazon? Sabed que estoy presto, no solo á ser preso y encadenado en Jerusalem, sino á morir por el nombre de Jesucristo. Claro parece de la historia que no murió en aquella ocasion; y pues este esfuerzo no podia venir sino del cielo, luego de ahí se saca que tenia esfuerzo mayor que para el trabajo presente. Y de aquí podemos sacar que siempre y en todos será así. Y así, con su hecho en este lugar se declara san Pablo en el que primero dijimos, que no consentirá Dios que sea nadie tentado mas de lo que puede; y no solo esto, sino que en la tentacion proveeria ganancia en las fuerzas, para que mejor se pueda llevar; lo cual, en decir ganancia entiende que no se contenta con darlas iguales, sino darlas sobradas y aventajadas, como dice en otra parte: Así como crecen las pasiones por Cristo en nosotros, así por el mesmo Cristo y por sus méritos se nos da con sobra y abundancia nuestra consolacion. La cual se entiende, no que vaya creciendo el esfuerzo y consuelo á la medida del trabajo, antes sobra mucha fuerza para vencer fácilmente el presente, y queda en abundancia para los que vinieren. Y así vemos que, mientras uno está mas trabajado, mas rico está de esfuerzo y mas fuerte en vencer los trabajos que sobrevienen, saliendo siempre con ganancia de la pelea, no solo por la condicion de los trabajos, de que en el libro pasado se dijo, sino por la gracia y favor de Dios, que hace mayor á los que mas padecen.

De aquí pueden los que persiguen á los buenos tomar escarmiento; porque, no solo (aunque mas en este oficio trabajen) no saldrán con su pretension, mas saldrán cada vez los buenos con mas ganancia. Y como dice David, no permitirá Dios que dure mucho la dura vara y el poder de los malos para affigir á los justos y turbarles su paz. De suerte que no vendrá el justo á desfallecer y echar mano y extenderla á cometer algun pecado. Y este consejo dió el Sabio á los tales que tratan de inquietar y affigir á los justos, por ver el cuidado que Dios tiene de defenderlos y sustentarlos en sus fuerzas. No andes, dice, acechando, ni pienses hallar pecado en casa del justo, ni le alteres su paz y quietud, pensando

enflaquecer sus fuerzas con mucha persecucion y trabajo; porque, aunque caiga infinitas veces al dia en él, luego se levanta; que si fuera malo, cayera para su mal; agora que no lo es, cae y se levanta con mas fuerzas. Y la causa original desto, dice David, es que guarda Dios y tiene cuidado de los huesos de los justos, que son la fuerza del cuerpo; para que de ahí entendamos que les da y guarda la del espíritu para padecer por su nombre y para que no caigan en el trabajo, y cuando fueren perseguidos y inquietados.

Y pues así es que la grandeza ó pequenez del trabajo nunca se mide sino conforme á las fuerzas del que le padece; que no habrá quien diga que para un valiente y robusto soldado es trabajo llevar en la mano una espada cual lo seria para un niño de tres años ó cuatro. Y vemos que, por la gracia de Dios, son las fuerzas que para padecer nos envia, no solo iguales con el trabajo cuanto se ha de sufrir, sino sobradas y aventajadas; claro parece que los trabajos, no solo comparados con los del infierno, ni solo puestos delante de la gloria, que por padecerlos está prometida, ni con otro respecto ninguno de los dichos, aunque con ellos se amansan mucho; sino en sí y para las fuerzas que para ellos tenemos, son pequeños y desiguales á ellas. Lo cual es gran consuelo, pues ellos son necesarios, y quitándose lo que sobra á las fuerzas ó recibíendolas sobradas, si no se quita dellos (que siempre Dios hace la una de estas dos cosas), quedan para cualquier affligido facilitadas. Porque, así como la madre por el regalo y salud de su niño le viste y envuelve á la lumbre, y cuando esta es demasiada para las carnicitas tiernas pone la mano delante para defenderlas del demasiado calor; así hace Dios, que para nuestro bien y salud nos viste al fuego de la tribulacion, y cuando esta es recia pone delante la mano de su favor; el cual es tan grande, que con ventajas vence al trabajo; y templado lo uno con lo otro, resulta en regalo del que padece. Lo segundo se sigue cuán engañados viven los que con instancia piden á Dios les quite ó alivie los trabajos; pues con quitárselos se privan del favor y gracia que de su mano habian de haber para sufrirlos, allende del mérito que por padecerlos pierden. Por lo cual decia san Pablo: De buena gana me holgaré y preciaré en mis flaquezas y trabajos á trueque de que more en mí la virtud de Cristo. Y aunque el vivir con pocos parece consuelo, y dello dan los imperfectos gracias á nuestro Señor; pero en tener los pocos, segun lo dicho, se parece y descubre su imperfeccion y estado de muy principiantes en la virtud y servicio de Dios. De donde nacia aquellas hervorosas oraciones de aquellos grandes santos, que continuamente pedian á Dios trabajos y tribulaciones para padecer por su nombre, confiados en él que con su gracia habian de salir dellos, no solo sin pérdida, mas con gran ganancia y mérito de la vida eterna.

DISCURSO II.

De la segunda razon que consuela al affligido, que es que los trabajos se mudan y pasan brevemente.

Pocos años es necesario haber vivido, y leído pocos libros y andado menos tierras, para entender cuán mudables son todas las cosas desta vida, así prósperas como

adversas, y cuán poco duran; porque todas ellas juntas y cada una por sí son un libro que nos enseña esta verdad. Porque, así como todo el mundo anda en perpetuo movimiento, así lo andan sus partes; y así como el tiempo se muda, antes es una perpetua mudanza, segun su difinicion, fundado en el primer cielo, que nunca para, antes en el no parar del cielo; no es mucho que así lo sean todas las cosas á él sujetas. Con esta consideracion nos amonesta el Sabio que en el tiempo de la prosperidad (que allí llama tiempo de pecados por las ocasiones dellos, que entonces hay muchas) no nos durmamos; porque, así como desde la mañana á la tarde se muda el tiempo, así se mudan las cosas; cuya mudanza es muy súbita y apresurada delante de los ojos de Dios, que es el que con su poder y sabiduría las muda. Esta mudanza nos quiso significar el profeta Zacarías en aquella variedad que vió de caballos, unos bermejos, otros negros, otros blancos, otros de varios colores. Dando á entender que está el hombre unas veces contento, ora triste, ora rico, ora pobre, ora sano, ora enfermo; así, los caballos rufos ó bermejos significan gran riqueza y contento; los negros, luto y tristeza de la pérdida de aquella; los blancos, negros, morcillos y alazanes, la variedad del mundo, que no hay cosa en él firme ni constante. Esto mesmo nos enseñan las cosas todas, naturales y artificiales: el sol, que cada dia nace y muere; este mesmo dia, á quien sucede la noche; este dia y noche, una vez grandes, otros pequeños; la luna, cada dia de su figura, la tierra, que parece la mas constante, en verano hermosa, en estío seca; los árboles, una vez verdes y floridos, otra desnudos y deshonorados; las aguas de los rios corriendo, la de la mar volteando á una y otra parte; los edificios, unos viejos y otros nuevos, otros caidos, otros renovados; los hombres, ayer niños, hoy viejos, mañana muertos. Por el mesmo rasero van las fortunas de los hombres, la salud, los linajes, los estados, los señoríos, los imperios; todo como arcaduces de noria, unos llenos otros vacíos; unos suben, otros bajan; unos se quiebran, otros se renuevan, y al cabo todos se hunden y acaban; sino que, como no tenemos presente mas de nuestro siglo y pocas leguas de tierra que alcanzamos á contratar, no lo consideramos como ello es; aunque para tenerlo bien entendido esto bastará, pues en todo tiempo y lugar dan las mesmas cosas prisa á la consideracion. Ni es necesario para este efecto traer en las manos las historias antiguas ni al tirano Dionisio, que, después de haber vivido en tanta grandeza, fué deshonradamente echado de los siracusanos y desterrado á Corinto, donde vino á tanta miseria, que vivia de tener escuela de mochos; ni á Belisario, que, después de tan famosas hazañas, y haber sujetado á los vándalos y librado á Roma de los bárbaros valerosamente, al fin le fueron sacados los ojos y vivia de limosna, pidiéndola, como los demás pobres, por las calles y caminos; ni á Mitridates, que tan poderosamente puso en aprieto cuarenta años á Roma, vino al cabo á matarse á sí mesmo; ni es necesario traer á Julio César, que, después de vencido Pompeyo, habiendo triunfado tan gloriosamente de franceses, alejandrinos, griegos, africanos y españoles; en medio de su gloria fué muerto de sus amigos fingidos. Y desta suerte se podian traer

millares de casos desastrosos y mudanzas de fortuna, aun mas acercados á nuestros tiempos. Pero bastan los que cada dia vemos en ellos. Y de los unos y de los otros fué expresa pintura la estatua de Nabucodonosor, cuyo cuerpo, aunque todo él era compuesto de reinos, imperios, poderíos y riqueza de oro y plata; pero todo estribaba en piés de barro, que decia la sujecion á inconstancia y variedad. Así que, todas las cosas están sujetas á esta, ora prósperas, ora adversas, que es gran consuelo para los buenos y siervos de Dios, en que hacen gran ventaja á los malos que de la mudanza de las cosas se desconsuelan, por la poca firmeza que ven en los bienes en que adoran; pero los buenos se consuelan della, porque no los quieren, y de la de los males porque no les duran. De aquí es que, aunque Dios antiguamente muchas veces castigaba á su pueblo por sus pecados, muchas les consolaba con esta razon de sus castigos; como parece especialmente en Jeremías, donde se cuenta que, teniendo el rey Sedequías preso al Profeta porque predicaba públicamente y á voces que todos habian de ir cautivos á Babilonia, dícele Dios: Mira, Jeremías, tú tienes un pariente muy cercano que se llama Anamael; envíale á llamar y cómprale una heredad que tiene aquí en el término de Jerusalem, y haz tu carta de venta con testigos y firmeza, y después de cerrada y sellada, métela en un cántaro de barro, donde se pueda guardar. Hízolo así el Profeta. ¿Quién le viera por una parte predicar la cautividad general de todo el pueblo, y por otra comprar heredades! Santo Dios, ¿estos hombres no han de ir cautivos, y llevar sus mujeres y hijos y las haciendas y riquezas? ¿Cómo hay compras y ventas? ¿Quién ha de dar un real por las tierras y heredades pues han de salir tan presto dellas? Lo segundo, ya que, Señor, mandais hacer escritura firme, ¿para qué la mandais guardar en cántaro de barro, sino en cosa mas firme que la conserve? Respóndese que quiso Dios consolar al pueblo con que la cautividad no duraria mucho tiempo, y que así, se podian hacer de las haciendas raíces compras y ventas; y asimesmo que la hacienda comprada y el derecho della se ponía en un cántaro de barro quebradizo, porque así son los bienes y cosas desta vida, sin seguridad ni firmeza; hoy las vemos levantadas á lo alto, mañana por el suelo, y así sujetas á las demás mudanzas.

Poniendo los antiguos los ojos en esta consideracion, pintaban la fortuna sobre una piedra redonda, que nunca cesaba ni paraba de andar, ya lo alto estaba abajo, ya lo bajo en lo alto. A lo cual aludiendo Ciceron en el libro de *Natura Deorum*, dice que no hay cosa en el mundo mas contraria á otra que los bienes deste mundo á la firmeza dellos. Y Boecio, en los libros de consolacion, dice que pensar estorbar esta mudanza es ponerse á detener una rueda que con impetu se mueve al rededor. Gran locura sería de el que fuese á un molino ó aceña y quisiese probar á detener la rueda que con tanta fuerza y velocidad se mueve. Así es el que piensa tener en esta vida alguna cosa firme, porque todas caminan y se mudan con grande impetu y ligereza, ora sea próspera ora adversa. Y á esto alude el apóstol Santiago cuando hablando en su *Canónica* de los males que la lengua causa, dice que inflama y enciende la

rueda del nacimiento, que es de la vida del hombre, que es ni dejar roso (como dicen) ni veloso, bueno ni malo, todo lo muda y destruye la lengua, y le pega fuego. Donde se ve que á la vida del hombre llama rueda por su inconstancia, la cual causa el movimiento del cielo, que, como un torno, está siempre hilando los dias della, sino diga cada uno las mudanzas que después que se acuerda han pasado por la suya; no hay Proteo mudado en tantas figuras, ya enfermo, ya sano, ya contento, ya triste, ya enojado, ya sosegado y pacífico, ya temeroso, ya esforzado y animoso; de donde algunos filósofos vinieron á pensar y á afirmar que fuimos todos criados de agua, que siempre está en perpetuo movimiento, como parece en los flujos y reflujos del Océano. Y por esto aquellas dos mujeres que en diversas ocasiones quisieron persuadir á David; la una, la reconciliacion de su hijo Absalon; la otra, el desenojo contra Nabal Carmelo, su marido; echaron mano desta razon, que todas las cosas se mudan, y que tiempo tras tiempo viene, y que podría venir alguno en que el Rey se viese con necesidad, como agora la tenían otros dél, que para esta y otras muchas cosas es gran remedio esta consideracion, porque con ella se estiman las cosas en lo que son, y se descubre qué valor tenga. Entre otras cosas buenas que en defensa de su inocencia decia el santo Job, decia: Plega á Dios que esto y esto me venga, si tomé jamás contento con mis riquezas, aunque tenia muchas ganadas por mis manos; y si miré al sol cuando mas resplandecía, y la luna cuando se movía con su claridad blanca y hermosa, plateando toda la tierra; lo cual, aunque comunmente lo entienden de la idolatría, de que se lava este santo las manos, como parece en el contexto de la letra; pero san Juan Crisóstomo lo declara á nuestro propósito, que quiere decir Job: Si tuve jamás contento con mis riquezas, entendiendo y considerando qué poca firmeza tenían y cuán perecederas eran y caducas, haciendo cuenta que si el sol y la luna y las estrellas, con ser tan perpetuas en su ser y su luz, las veo mudarse, nacer y ponerse cada dia, gran locura sería tener las cosas terrenas por firmes y constantes; así que, por esta razon, ni cuando las tenía recibía contento, ni cuando las perdía me congojaba, porque sabía bien que esta era su naturaleza. Todas estas palabras son de san Juan Crisóstomo y otras á este propósito, de gran dotrina y consideracion.

Sirve, por el consiguiente, esta consideracion para consuelo en los trabajos, sabiendo que, estando la vida en perpetua mudanza, no le faltará la suya al trabajo; la cual no puede ser sino para el descanso, y en el mayor trabajo está mayor y mas cierto este remedio. De aquí consolaba el otro á uno que tenía un gravísimo dolor de ijada, diciéndole que esto tenía de consuelo, que no podia mudarse en otro mayor, presuponiendo que habia de mudarse. De aquí llamaba san Pablo momentánea á la tribulacion, y san Pedro en su *Canónica*, decia: Y agora si fuere necesario padecer de tristeza un poquito de tiempo, para probar y afinar vuestra paciencia como el oro, para que parezca y se conozca para gloria y honra de nuestro Señor Jesucristo, etc. Por lo mesmo, un mal tan largo como la cautividad de Babilonia lo llama Dios mal de un punto, diciendo: Por un punto te

De otra razon por que los trabajos son breves, porque la vida lo es.

De las palabras del bienaventurado san Juan Crisóstomo, cuando dijo que á lo menos eran los trabajos desta vida breves, porque ella lo es, tomé ocasion para tratar esta razon, considerando en esta segunda parte del discurso cuán breve es esta vida, para que, cuando los trabajos no tuvieran otro consuelo, se vea cuán grande es este para los que los padecen; del cual san Agustín usa para consolar de los trabajos. Para averiguar pues cuán corta es nuestra vida y cuán sin pensar se pasa, ni son menester libros ni mirar lo que los autores dellos desto sintieron, ni preguntar en qué pararon los príncipes y reyes que mas larga se la prometían y procuraban, ni qué se hicieron los filósofos, los sabios, los poetas famosos, los capitanes y soldados que tantas batallas ganaron, allanaron los mentes, abrieron los caminos, sujetaron las gentes, ni qué se hicieron las armas, municiones y letras, ninguna cosa es necesaria; sino después de haber considerado sola la mudanza que nuestra propia muerte ha hecho en tan breve tiempo en nuestras mismas personas, las cuales va desde el principio comiendo y acabando, remitiendo la virtud y aflojando las fuerzas, señalando el rostro con canas y rugas y falta de dientes y de vista; porque lo que da de espera para acabarnos no lo quiere dar sin logro, cobrando de nosotros poco á poco cada año, y muchas veces á mas cortos plazos, las cosas dichas; de manera que cuando ya viene por nosotros, apenas halla que llevar, sino la triste vida. Así que, después de considerado esto, pase adelante la consideracion y eche de ver cuán en breve nos ha llevado de delante de los ojos á nuestros padres y hijos, hermanos y tantos amigos, y á nuestros conocidos, que con su florida edad parecían inmortales. Cada uno cuente en su pensamiento y memoria los que le tocan y los que ha conocido, y dirá: ¿Qué se hizo mi padre, mi madre, mis hermanos, mis vecinos, Fulano y Fulano que yo conocí, Fulano que gobernaba, etc.? Y hallará que, sin pasar por Salamanca ni Paris, ni abrir libros ni aguardar para ello mas predicadores, los mismos defuntos, las mismas mudanzas lo serán desta verdad, que la vida es breve; y de quien dice Job, que el hombre nacido de mujer vive poco tiempo, y ese lleno de miserias, y que huye ligero como una sombra, y nunca, mientras vive, permanece en un mesmo ser. Ni se le hará dificultoso de entender á David cuando dice que puso Dios sus dias medidos, esto es, tasados y breves; ni para lo que es persuadirse una vez esta verdad es necesario saber leer ni revolver libros santos ni profanos, porque no hay nacion, por bárbara que sea, que, sin haberlos leído ni visto, no la confiese y la predique con varias sentencias y comparaciones: unos dijeron que somos como fábula, otros como gorgorita de agua cuando llueve, otros heno, otros hojas de árbol; lo cual dijo Homero con tanta propiedad, que contentó mucho á un filósofo, porque cuadra por muchas razones. La primera, porque no hay cosa mas mudable que la hoja del árbol, de donde se dijo que no se mueve una hoja de un árbol sin la voluntad de Dios, por ser la cosa que mas fácilmente se mueve con cual-

desamparé, al parecer de los hombres, pero yo te tornaré á juntar y reducir con grandes y largas misericordias; otra vez llama poquito y momento, por Esaias, al tiempo de la indignacion, especialmente cuando le pasamos en nuestro oratorio recogidos, como allí dice: Desta brevedad en los trabajos que nos envia, dice Dios en muchas partes que tiene gran cuidado y providencia de un linaje dellos; dice que no dejará el poder y vara de los malos mucho tiempo sobre los buenos, porque, con esta sujecion y tristeza ocasionados, no vengan los buenos á extender las manos á los pecados. Esto dió tambien á entender cuando envió á Esaias á anunciar la muerte al rey Ezequías, que estaba enfermo, que al salir no habia llegado bien á la escalera, cuando le manda volver á consolarle. Pues si comparamos los trabajos con los tormentos del infierno, allí se ve mas claro cómo los de acá son presurosos y ligeros, que se nos dan para excusar aquellos. En las divinas letras son los desta vida comparados á arroyo que pasa presto, como en el salmo que dice que Jesucristo, viviendo entre nosotros en cuanto era caminante, bebió del arroyo, esto es, de los trabajos, que pasan como arroyo; pero los del infierno son comparados, en el libro del *Apocalipsi*, á estanque, diciendo que la muerte y el infierno fueron echados en el estanque de fuego, que es el infierno; porque, así como el agua del estanque nunca pasa ni corre, ni se muda ni falta gota, así aquellos tormentos en toda la eternidad ni pasan ni menguan, siempre se están en un mismo ser, en que la eternidad dellos se da á entender que es una de las mayores penas y tormentos que ellos tienen, cuando tienden los ojos por aquella inmensa eternidad, sin hallar ni topar fin ni remate ni alivio en faltarles una gota dellos; y en los de acá, al contrario, el pensar que se han de acabar y presto, como pasa la avenida de un arroyo en tiempo de una tempestad, es gran consuelo para el trabajado y afligido, aunque no fuese sino como san Juan Crisóstomo dice: Los trabajos de acá ellos mismos se van acabando, y cuando menos, se acaban con la muerte que causan en el que los padece, que lo acaba todo. Allí (dice este bienaventurado santo), en el infierno, no hay muerte ni fin, sino los dolores y la prolijidad corren á las parejas; y aun en los de acá hay otro consuelo, que la prolijidad, cuando duran algo, endurece y hace callos; y así, son siempre menores, como parece en los hechos á enfermedades, á cuartanas, á poca vista ó pocos dientes y muelas, que el mucho tiempo les alivia la pena; y asimesmo los galeotes, que al principio sienten tanto el rebenque, á cabo de algunos años aun salen de mala gana de aquella vida, tan mudados están de parecer y sentimiento; pero en el infierno siempre tERNOS, siempre nuevos, siempre sentibles y nunca aliviados ni consolados; de manera que por todas partes queda el consuelo de nuestro trabajo en pié, con el pensamiento de acabarse presto, y si no le tenemos, es por nuestra impaciencia y poco sufrimiento, y menos consideracion de la naturaleza de las cosas, que por su inconstancia las gustosas lo son menos y las penosas no lo son tanto, y á veces lo son nada.